

Censura, propaganda y espacio urbano en el México decimonónico

Eduardo Flores Clair*

José Abel Ramos Soriano (coord.), *Historias de la época colonial y del siglo XIX en México*, México, INAH, 2015, 303 pp.

El libro narra un sinnúmero de historias, hechos e intenciones. Lo integran 12 ensayos más la presentación, lo que produce una gran diversidad de tramas. Se agrupó en cinco apartados; esta lectura intenta resaltar algunos hilos que unen a todos estos textos.

Entre los problemas que destacan está la censura, la cual se analiza de distintas maneras en algunos trabajos; desde la persecución de los libros por parte del Tribunal de la Inquisición, así como la prohibición de la producción y difusión de ciertas imágenes de Cristo, que eran consideradas heréticas. De hecho, la censura era un acto de autoridad que limitaba e inhibía la producción de nuevos conocimientos, prohibía su circulación e intercambio. Sin embargo, en algunos casos se hicieron desaparecer no sólo a las obras sino también a sus creadores. Era un material contaminante que irrumpía “la normalidad de la vida”, la transformaba y representaba un

peligro constante para la sociedad honesta y las buenas costumbres. No importaba que se encubriera en una forma inocente de libro, una imagen de Cristo o una pintura militar. Al respecto Consuelo Maquívar afirma: “El papa hace hincapié en que los obispos deben enseñar a los fieles a ‘guardar y cultivar asiduamente los artículos de fe’ y dice que, si alguna persona ‘se atreve a reprobar el uso de las imágenes de este tipo, cae bajo el golpe de una sentencia eclesiástica”.

Un segundo problema que guarda una estrecha vinculación con la censura fue la propaganda, podríamos decir que todo lo que escapó a la prohibición se convirtió en mensaje permitido y existió el interés de que se asumiera como plenamente consentido. En este sentido, las imágenes religiosas fueron una poderosa herramienta en la evangelización; pero también las escenas bélicas ofrecían una versión del triunfo sobre los enemigos, que no sólo tenían que sufrir la derrota, sino la verdad histórica de los vencedores. El poder se apropiaba de la imagen despojando a los personajes o a los hechos de sus imperfecciones, generando emociones indiscutibles y propiciando el culto al poder real. El análisis de dicho material comprende muy diversas interpretaciones, pero queremos

subrayar que eran un vehículo de expresión y una pieza clave en la propaganda política y religiosa, que difundía valores, normas, creencias, etcétera. Antes, los mensajes eran los dones divinos de los santos, después, el poder y valentía de los militares invasores.

Una buena parte de los trabajos abordan el espacio como lugar donde se disputaba el poder, se desarrollaba la convivencia, se adaptaba y controlaba el agua; en suma, se retrata un proceso de urbanización acelerado y en constante transformación. Los estudios dan cuenta de un dilatado recorrido desde finales del siglo XVIII hasta el fin del siglo XIX. Durante este tiempo, la capital se apropia de territorios dedicados al tránsito, a la producción de alimentos y al esparcimiento. Las haciendas se fraccionaron, se formaron las primeras colonias, los espacios destinados a veranear perdieron su *glamour* aristocrático. En esta expansión no se salvaron ni los barrios, aquellos asentamientos ancestrales que se formaron alrededor de la capital, espacio de los desposeídos y los migrantes del campo. El centro urbano experimentó una modificación por su posición geográfica, la distancia con los mercados laborales, los transportes y los servicios. Carmen Reyna afirma que, en el caso de la colonia

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Narvarte, “la venta de terrenos era el negocio ideal de los fraccionadores. Sin embargo, la colonia tenía como finalidad apoyar a la clase media mexicana. Los terrenos no debían ser excesivamente grandes ni pequeños, no caros pero tampoco baratos y con los servicios necesarios para tener una vida digna”.

El surgimiento de nuevas zonas residenciales venía aparejado con un tipo diferente de consumo y nivel de vida, destinado a grupos sociales segregados que representaban una desconocida cultura urbana y mayores ingresos, que ampliaron en forma vertiginosa la brecha de la desigualdad socioeconómica. No sólo se vivía en un nuevo espacio, sino era una sociedad distinta que tenía por lema la exclusión social. Por más nostalgia que tengamos del modelo tradicional, las estructuras anticuadas fueron quebrantadas por los nuevos valores, el aislamiento, la privatización y la modernización de la arquitectura. De esta manera, los barrios acumularon su desprestigio. Por ejemplo, en el periódico *El Ferrocarril*, el 7 de agosto de 1871, apareció una crónica denigrante. El cronista, de manera áspera, narró que el barrio de los Ángeles celebró su fiesta anual, era una “de las diversiones de nuestro pueblo”, momento para abandonar el taller y almorzar con una buena compañía en alguna de la barracas que se colocaban en la plazuela, de aquel lugarcillo “ruinoso y triste” del que nadie se acuerda más que una vez al año. El templo quedaba rodeado por puestos y cantinas ambulantes; la plaza se convertía en un pandemónium. El asistente se de-

bía cuidar del ratero, quien, embozado en una sábana, esperaba el momento para acercarse al bolsillo, o del roce de una joven perdida, de las que recorrían las calles los domingos por la tarde y brindaban “miradas de fuego”. En suma, la fiesta “era una orgía en pleno viento, donde se insulta a nuestro siglo y a nuestra civilización”. De hecho, eran lugares donde reinaba la delincuencia de hombres y mujeres.

El libro no deja de abordar el tema de los poderosos y propietarios, en dos partes: empresarios y clase política, aunque en general se encontraban mezclados o emparentados. El enfoque de los empresarios es poco convencional, muestra la complejidad de los personajes, quienes con interés vencen al temporal político que se da en las primeras décadas del siglo XIX. Se usa como ejemplo el caso de un español que llega en plena expulsión de sus paisanos y logra amasar una cuantiosa fortuna a través de una diversificación de actividades económicas: el infalible comercio y las haciendas que, además de alimentos, proporcionan seguridad y distinción; pero contó con un apoyo invaluable, ser el preferido del señor presidente en turno, por ello se atrevía a invertir en áreas peligrosas o nuevas, las que representaban mayores ganancias, aunque por la narración, en su matrimonio no fue muy afortunado. También se expone el caso de otro empresario, que era reconocido a nivel internacional por su dote intelectual, pero a través de la correspondencia con su hijo, se descubre una nueva personalidad, aquella que se esconde a tra-

vés de los libros, pero se empeña en demostrar que los costales de azúcar se pueden transportar a largas distancias y competir en los mercados europeos por su alta calidad. Para lo cual se debe estar al tanto de las innovaciones técnicas e incorporarlas a los procesos productivos del endulzante. Como señala Emma Rivas, “epístolas reveladoras de sus flaquezas y preocupaciones pero también de la mentalidad y preponderancia de un hacendado y hombre de negocios”.

El estudio de la clase política nos revela una vigencia sorprendente y descubre un rostro muy parecido al actual. A pesar de que han pasado más de 150 años, en los espacios de poder, la oposición decimonónica a través de sus alianzas logró un cambio generacional, enterró a los últimos que vivieron bajo el régimen monárquico. Los políticos se distinguían por ser hombres de bien, contaban con prestigio, eran honorables, poseían solvencia económica, algunos de ellos, incluso tenían formación profesional y, sobre todo, se encargaron del bienestar del país. Otros olvidaron su origen noble y se destacaron por ser verdaderos representantes populares, aunque pertenecían a la clase de hacendados, mineros, empresarios y comerciantes. Los datos muestran una secularización debido al desplazamiento de los miembros del clero y militares. Al respecto, Armando Alvarado concluyó que “el Congreso general fungió como espacio para la formación de la clase política mexicana, pues muchos de sus protagonistas iniciaron su carrera en esa esfera de poder”.

Por último, los lectores pueden encontrar un sinfín de pistas para emprender nuevas investigaciones. Sólo por poner un ejemplo: en la tercera fotografía dedicada a Tacubaya, aparece el callejón de la “Doctora” esquina con la “calle Olaya”, se calcula que la fotografía fue tomada entre 1930 y 1934. En ella se observa un anuncio del *Cine Cartagena*, donde se exhibían cuatro películas que se podían disfrutar por tan sólo 30 centavos en luneta o 10 centavos en galería. Las cintas eran: *El Gigoló*, *Volando voy*, *Lejos*

de Broadway y *Vaquero*. Este pequeño dato puede llevarnos a rastrear la influencia de Hollywood entre los habitantes de Tacubaya al despuntar el siglo XX. Las cintas hoy se pueden apreciar gracias a la tecnología: la del *Gigolo*, es probable que se trate de *Mira ese guapo gigolo*, *pobre gigolo*, dirigida por Emmerich Hanus y los actores principales fueron Igo Sym, Anita Dorris y Ernst Reicher, de 1930, producida por la compañía Metro Goldwyn Mayer. *Volando voy* era una comedia musical con reconoci-

do coreógrafo, dirigida por Charles F. Riesner, de 1931, protagonizada por Bert Lahr y Charlotte Greenwood, también de la Metro. *Lejos de Broadway* fue dirigida por Harry Beaumont en 1931, protagonizada por John Gilbert y El Brendel. No hay indicios seguros, pero es posible que *Vaquero* haya sido *Vaquero de Texas*, un *western* de Oliver Drake, de 1932, protagonizada por Lane Chandler y Buddy Roosevelt. Es indispensable recuperar nuestra vida histórica en todos sus momentos y personajes.

Donde las balas suenan y los rezos callan

Rebeca Monroy Nasr*

Aurelio de los Reyes, *Sucedió en Jalisco o los cristeros. De cine, de cultura y aspectos del México de 1924 a 1928. Cine y sociedad en México, 1896-1930*, vol. III, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas/INAH/Seminario de Cultura Mexicana, 2013, 583 pp.

El más reciente libro del doctor Aurelio de los Reyes es una continuidad de sus dos anteriores volúmenes

sobre *Cine y sociedad en México: vivir de sueños*¹ y *Bajo el cielo de México*,² ambos con un trabajo muy amplio y grandes profundidades

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930: Vivir de sueños, 1896-1920*, vol. I, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1983, p. 272.

² Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930: Bajo el cielo de México, 1920-1924*, vol. II, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993, p. 409.

históricas, realizado con fuentes de primera mano, que desvelan diferentes aspectos de nuestro país. Dicha investigación, a su decir, la inició en 1973; el volumen que motiva esta reseña lo terminó en 2009.

Es importante señalar que este tercer volumen, que no el último, porque todavía le quedan en el tintero los años de 1928-1932, retoma su planteamiento claro y definido de que él *no* trabaja, *per se*, historia social, historia política, historia de las mentalidades, historia de la vida cotidiana e his-